

SENTIDO COMUN Y LOCURA

Humberto Giannini

Universidad de Chile

RE Entre las cosas que ‘se dicen’, ‘se cuentan’, ‘se repiten’ está el chiste, risueña narración por la que el sentido común¹ da una visión instantánea acerca de las cosas que le preocupan y de las que se cuida. De su surgimiento, expansión y muerte nadie es responsable. Simplemente, el chiste ‘se cuenta’.

El hecho de que simplemente ‘se cuente’ muestra de nuevo tal vez, el huir permanente del hombre hacia la superficie de las cosas, huida genialmente descrita por Heidegger en los caps. iv y v de la Secc. Primera de *Ser y Tiempo*. No nos parece menos cierto, sin embargo, que esta ‘detención’ quasi contemplativa del chiste sobre la realidad caricaturizada, apunta hacia una profundidad en el mirar que no puede pasarse por alto sin caer también en superficialidades².

A propósito de este punto preciso —superficialidad y profundidad del mirar cotidiano— quisiéramos hacer un comentario sobre dos pequeñas narraciones apenas humorísticas, si no tristes, que tienen por tema la locura.

El discurso humorístico común a propósito de la locura se instala siempre en lo que de un modo no determinado llamamos ‘reino del absurdo’. Con la expresión ‘absurdo’ (*ab-surdum* = fuera del tono) se pueden indicar varias cosas diversas. De todas las significaciones optaremos aquí por la que tiene un uso más próximo a la lengua corriente: es absurdo lo que de ninguna manera ‘se’ puede aceptar; simplemente, lo que para el sentido común *no puede ser*.

Nos parece interesante ver cómo este sentido común —el ‘se dice’ heideggeriano— describe al razonamiento delirante en toda su atormentada complejidad; cómo lo presenta en sus narraciones de humor.

Hemos elegido dos narraciones que a causa de sus esquemas más explíci-

¹Volvemos sobre un viejo tema nuestro. A él dedicamos gran parte de nuestro libro “Reflexiones acerca de la convivencia humana”. Ed. Univ. de Chile, 1965.

²A propósito de la blasfemia, tocamos un punto parecido. *De las palabras*, p. 89. Ed. Nueva Univ., 1981.

tos, abiertos, dejan ver la trama que ahora pretendemos mostrar. He aquí la primera:

‘Un señor que viaja entre París y Lyon, observa que su vecino abre la ventanilla, mira hacia todos lados, saca el brazo y luego, empieza a agitar un pequeño papel blanco; vuelve, se agacha, extrae de su maletín un papelillo —el observador mordido por la curiosidad ahora lo ve todo— y vacía su contenido fuera de la ventanilla. Y así, una y otra vez. Reprimiendo cuanto puede su creciente curiosidad, le pregunta:

— ‘Perdone Ud. aquellos polvos... ¿son para algo?’.

— ‘Efectivamente’ —responde afable— ‘Son para cazar leones’.

Silencio.

— ‘Pero, tengo entendido’ —sugiere el observador— ‘que por estos lados no hay leones’.

— ‘No importa nada’ —suenan la respuesta, esta vez más dura— ‘Los polvos son falsos’.

Una situación absurda ha creado un diálogo absurdo. La cuestión es saber hasta qué punto el loco no sabe que los gestos que ha realizado fuera de la ventanilla, y la creencia que implican, son absurdos... ¿Lo sabe?

La reiteración de un esquema afirmativo-negativo, común a estas narraciones parece indicar que sí lo sabe.

Veámos el otro caso.

Un pobre campesino había sido olvidado por años por médicos y parientes. Permanecía en el manicomio por mera dejación burocrática. Un día el Director del Establecimiento lo ve y recuerda su caso: ‘¡Ah! el que se creía grano de maíz. Pero, hace años que este hombre superó esos temores’. Lo llama, conversa largamente con él y confirma así que el campesino está completamente curado. ‘Vamos a hacer una cosa —le dice—; este domingo yo mismo te llevo de vuelta a la granja y te restituyo a tu familia. ¡No tienes ya nada que hacer aquí!’.

Así, ese domingo, conversando sobre problemas de siembra, de comercialización, de política, en fin, de igual a igual, cuerdamente, llegan a la granja. Pero, apenas descendido, el campesino corre a refugiarse, debajo de una carreta, de unas palomas que revolotean por allí. El médico, acongojado, va a su encuentro: ‘¡Pero cómo! ¿No sabes ya que no eres grano de maíz?’ Y aterrado el pobre hombre: ‘Lo sé; pero ellas —y muestra a las palomas— ¿lo sabrán?’

Tierna historia de un delirio reprimido por años.

¿Sabía el labriego que deliraba? Aparentemente, no. Sin embargo, toda la fuerza de la narración está allí: en que esto es sólo una apariencia. En el fondo, todas sus actitudes son una lucha contra el delirio. Una lucha que es también delirante: en la última narración, atribuyendo a las palomas (*afirmando*) lo que él debe *negar* para estar sano. En la narración anterior este mecanismo es incluso más patente: el señor de los polvos pretende borrar, suprimir su gesto delirante (usar polvos contra leones que los médicos afirman ser 'inexistentes') con un discurso también delirante: los polvos son falsos.

En síntesis: el delirio (lo afirmativo) es negado a causa de la 'represión' ambiente, a través de un nuevo delirio. Círculo infernal de la locura atisbado por la mirada común, que no teoriza: va narrando chistes.

Humberto Giannini Iñiguez